

llegado al límite del bosquecillo, que cubría una parte de la colina. Así, pues, al llegar á aquel límite, hicimos alto. Creí que debía manifestar al contrabandista que me parecía inútil y peligroso continuar nuestra ascensión, puesto que desde el lugar en donde estábamos, dominábamos á la vez el río y el mar. En efecto, en aquel inmenso espejo azul y rojo que se extendía á nuestra vista, podíamos distinguir á lo lejos, hasta los remolinos que trazaban las aguas fangosas del Pánuco. El navío francés, al reflejo de los rayos del sol que iba á desaparecer en el horizonte, parecía vagar con velas de fuego. Algunas veces, inclinándose al empuje de las frescas brisas que corren al caer de la tarde, mostraba el brillante cobre de su carena. Ignorante, como lo era yo entonces, y arrullado con los cuentos de algunos antiguos españoles, que nos pintaban á los franceses como herejes, réprobos y condenados, creía yo ver en los rayos del sol poniente que atravesaban las velas del bergantín, un reflejo de las llamas del infierno. La idea de entrar en relaciones con aquellos malos extranjeros me causaba el mayor espanto, y habría deseado, á cualquier costa, poder retroceder; pero era demasiado tarde; me ligaba mi juramento, y aquel día debía decidir de toda mi vida.

Después de haber hecho alto por un momento, guardando el más profundo silencio, el contrabandista me dijo que, á pesar de mis observaciones, iba á ponerse en marcha hacia la cumbre de la colina.

— Si usted tiene miedo, añadió, puede volverse.

— ¡Marchemos! le dije; ¡pero estamos desarmados!...

— No necesitamos armas, respondió Albino con aspereza.

La voz del océano continuaba cubriendo el ruido de nuestros pasos, pero algunos palmeros, cuyos verdes penachos agitaba la brisa, eran en aquel lugar nuestro único abrigo contra las miradas del vigilante. En el caso en que éste saliese de su garita, éramos infaliblemente descubiertos.

— Yo arriesgo más que usted, decía Albino en los cortos momentos en que tirados boca abajo, después de algunos momentos de una marcha precipitada, respirábamos fatigados; el vigilante me conoce, y la primera bala será para mí.

Estas reflexiones del contrabandista no impedían que yo tuviese serias aprensiones con objeto del segundo tiro de fusil del guarda-costa; no me cabía la menor duda de que me encontraba en una compañía

muy peligrosa, con un hombre tan conocido. Sin embargo, el pabellón con los colores españoles continuaba flotando en lo alto del mástil de señales, y el vigilante no salía de su garita. En fin, llegamos á una barranca, especie de grada gigantesca, que terminaba en la cumbre del promontorio. Acostados en aquel punto, hicimos alto por última vez.

— Veamos desde aquí lo que hace el bergantín, dijo Albino, avanzando de rodillas hacia la parte del promontorio que dominaba el océano.

Lo seguí arrastrándome como él, y desde allí pudimos abarcar con la vista cuanto se extendía á nuestros pies. El peñasco, en cuya cumbre nos encontrábamos, estaba tallado á pico á cosa de ochenta pies sobre el nivel del agua. Las olas azotaban su base con un ruido espantoso. Á corta distancia del peñasco, la mar se hallaba tranquila, y las aletas de dos ó tres tiburones que cruzaban por aquellos parajes, surcaban la superficie. En cuanto al bergantín, se había puesto en pairo y se balanceaba bajo sus inmensas velas. Cerré los ojos para escapar del desvanecimiento que me causaba la profundidad del abismo.

— ¡Ah! dijo el contrabandista, el bergantín está en pairo; la maniobra es bastante extraña tan lejos de la

costa, para que el aduanero tenga motivo para sorprenderse. ¡Ahora es el momento oportuno!

— ¿Qué momento? pregunté.

— ¿Cree usted, dijo Albino con ironía, que un hombre que cayese desde aquí al mar, sería hombre perdido?

— Se ahogaría antes de llegar á la superficie.

— ¿Esa es la opinión de usted? A propósito, ¿cuál es el nombre de usted?

— Ruperto Castaños.

— Pues bien, quédese usted aquí, y oiga lo que oyere, aun cuando lo llame á usted por su nombre, no se mueva.

Después de haberme dejado por orden aquella especie de enigma, Albino Conde subió por el peñasco, tras el cual estaba yo oculto. Pensaba lo mismo que él, que el guarda debía estar muy ocupado en vigilar la maniobra sospechosa del bergantín francés, para observar lo que pasaba alrededor de su garita. Una terrible sospecha comenzaba á oprimir mi corazón. Escuché por algunos instantes; pero el silencio que reinaba en aquellos lugares, no lo turbaba más que el ruido imponente del viento y de la mar. Repentinamente, oi la voz de Albino, que gritaba:

— ¡Auxilio, Ruperto Castaños!

Olvíde la recomendación de mi compañero, y escalé el peñasco, en el momento en que una detonación, seguida de un grito de angustia, respondía al llamamiento de Albino.

Creí que era juguete de algún sueño. El contrabandista se hallaba solo en la cumbre del promontorio; quitó el pabellón español, y lo reemplazó en el mástil por uno que indicaba la marcha del buque. El promontorio se hallaba solitario. Adiviné la causa del grito que me había asombrado y de la detonación que había oído. La falta de la garita era una prueba terminante de que al desgraciado guarda-costa lo habían precipitado con ella al fondo del océano, en donde el sol desaparecía en aquel instante. Quedé helado de espanto. Había sido testigo y cómplice involuntario de un asesinato. El contrabandista había querido comprometerme en aquella acción horrible, y había pronunciado mi nombre arrojándolo á todos los ecos, para que me considerara encadenado á él por un lazo indisoluble. Albino respondió á mis reconvenciones burlándose de mí; en seguida, sin escucharme, sacó de su bolsillo un cohete grande, al que ató una varita, que cortó de un árbol vecino. La luna se reflejaba en el

océano, y el bergantín francés continuaba inmóvil en medio de los rayos luminosos que caían en sus velas blancas. El contrabandista sacó lumbre y prendió fuego á la pólvora; el cohete se elevó en los aires, trazó un surco de fuego en dirección del bergantín, y se apagó silbando en el agua.

— Ahora que ya he anunciado nuestra visita, partamos, dijo Albino.

Descendimos rápidamente la rampa del promontorio, subimos á la piragua, y no tardamos en llegar á tocar el punto en donde nos aguardaba el doctor.

— Señor doctor, dijo Albino, podemos ir á bordo del bergantín francés con toda seguridad, nadie turbará el conciliábulo político. ¡Vamos en marcha!

La noche estaba tan clara y transparente, que, sin excusar el crimen al que contra mi voluntad había coadyuvado, comprendí que nuestra visita á bordo del bergantín francés habría sido imposible ejecutarla en presencia del vigilante. El navío extranjero continuaba inmóvil. Un fanal, para que pudiéramos verlo, brillaba en la proa del bergantín, cuya precaución era inútil, puesto que se distinguían claramente los palos y el velamen. Cuando llegamos á corta distancia en sus aguas, una voz pronunció estas palabras inteligibles, aunque mal pronunciadas: ¿ *Qué gente?*

— *¡ Muera el mal gobierno y viva la religión !..* respondió el doctor con una voz que llegó hasta los oídos del que nos hablaba.

— *Adelante,* respondieron del buque.

Y nuestra piragua se deslizó en la superficie de la mar; algunos momentos después, nos hallábamos á bordo del navío. El orden admirable que en él reinaba, los trajes de los marineros, tan nuevos para mí, la idea de que me encontraba en medio de abominables herejes, todo concurría, con las escenas precedentes, á causarme una profunda conmoción. Desde el momento en que había salido de la taberna, me parecía que todo había sido un sueño, puesto que cuanto había sucedido era contra mi deseo y como obligado por la fuerza.

El doctor fué acogido con el mayor respeto; un personaje vestido de negro se avanzó á su encuentro en el puente, y después de haber pronunciado ambas algunas palabras, descendieron al camarote, cuya claroboya me permitía ver una brillante iluminación y un suntuoso ajuar. Entretanto, los marineros franceses sacaban de la sentina y los ponían en el puente, muchos barriles de aguardiente y tercios de mercancías. Cuando se reunió la cantidad que podía colocarse en

una canoa grande, bajaron una embarcación al mar, y los marineros comenzaron á cargarla.

Al fin, llegaron á prevenirnos á Albino y á mí, que el doctor nos suplicaba descendiésemos al camarote. Accedimos á aquella invitación, y entramos con el sombrero en la mano. El doctor estaba sentado frente á frente del hombre vestido de negro, delante de una mesa cubierta de papeles, sellados con lacre rojo. Sentámonos en unos taburetes, á corta distancia de la mesa.

— Escuche usted, hijo mío, dijo el doctor, porque va á saber al fin qué clase de venganza podemos poner á su disposición... Ya escucho á usted, caballero, continuó dirigiéndose al extranjero.

Yo escuchaba con la mayor atención, porque iba á conocer el objeto de todas las evoluciones de aquel día. El francés tomó la palabra, y con voz grave y solemne y en muy buen español:

— Señor doctor, dijo, tengo el honor de repetiros, para que estas buenas gentes lo escuchen, que soy enviado por Su Majestad el emperador y rey Napoleón el Grande, con el fin de ofrecer á los pueblos de América, que hace trescientos años gimen en la esclavitud de España, la emancipación y la independencia. Ya es

tiempo de que México sacuda el terrible yugo que hasta hoy ha soportado. Para lograr este objeto, Su Majestad me autoriza para ofrecer en su nombre, á los jefes del gran movimiento que emancipará á las dos Américas, los auxilios necesarios de hombres y de dinero, para llevar á cabo esta generosa empresa. Esos papeles que ha examinado usted prueban la autenticidad del carácter de que me hallo investido; estos tratados que usted ve (y el enviado puso á la vista del doctor otros papeles), celebrados con las casas más ricas de los Estados Unidos de la América del Norte, prueban igualmente la eficacia de las promesas de Su Majestad. »

Confieso que escuchaba sin comprender aquellas palabras de independencia y libertad, y que no alcanzaba las ventajas que podrían resultar de una sublevación contra España. El agente francés, parece que comprendió que el contrabandista y yo no entendíamos una palabra, porque añadió:

— La independencia de México producirá incalculables ventajas materiales. El dinero que sacan ustedes de sus minas á costa de tantos peligros y fatigas, y que se conduce anualmente á España, sin que quede un peso en el país, esas inmensas riquezas serán de ustedes cuando sus amos no se las lleven de aquí. Los

terrenos de México son fértiles, y apenas sacan ustedes partido de ellos; la parra, el olivo, el lino, el azafrán, cuyo cultivo está actualmente prohibido en América, á fin de dejar á los agricultores españoles los beneficios que obtienen de esos artículos, producirán tesoros no menos considerables que los de las minas.

El agente continuó por algunos momentos, desarrollando ante nuestra vista las diversas ventajas que debía producir la independencia, con tanta habilidad, que antes que hubiese terminado su discurso, nos hallábamos convencidos; en seguida, nos entregó una considerable cantidad de proclamas en que se repetían, con corta diferencia, las mismas palabras, y como la embarcación se hallaba completamente cargada, y avanzada la noche, el doctor se preparó á marchar. Echóse al mar la segunda canoa para remolcar la que iba cargada de aguardiente y mercancías; nos colocamos, Albino y yo, en la primera, y el doctor, con cuatro marineros, descendió á la segunda. En pocos momentos nos alejamos del bergantín. Sumergido en una meditación profunda, el doctor guardaba silencio; Albino cantaba la canción del contrabandista, con los ojos fijos en el cielo, sembrado de estrellas. Mientras sus alegres versos se mezclaban al ruido de los remos

que azotaban el agua, parecía haber olvidado que en el fondo del océano que atravesaba cantando, yacía el cadáver de un hombre, poco antes lleno de vida, y que había arrojado como presa á los tiburones. Repentinamente, sentimos en la canoa que nos conducía un choque violento que interrumpió la canción, y una masa negra y flotante cruzó por la popa.

— Mire usted, dije al contrabandista mostrándole la garita del vigilante, que había tropezado contra nuestra canoa : esas olas de fuego que señalan el lugar por donde pasan los tiburones debajo del agua, ¿ no le dicen á usted nada ?

— Sí, respondió Albino : los tiburones en este momento se festejan con un español.

Y añadió, con voz fuerte, los primeros versos de una canción que después se convirtió en uno de nuestros cantos patrióticos :

Ya el septentrion libre
Bebe en plácida copa
El dulce néctar de la libertad.

Algunos momentos después llegamos á la playa. En el instante en que iba á separarme de mis compañeros, el doctor me hizo seña de que me aproximase :

— Recuerde usted, dijo, que es de los nuestros. Mañana se encargará á usted un mensaje importante, y Albino le llevará mis instrucciones.

No pude llegar á la hacienda que administraba mi padre sino pocos momentos antes de la salida del sol. Me apresuré á referir á mi padre el ultraje que había recibido, y no le oculté, ni el asesinato del guardacosta, ni las conferencias con el enviado francés. Participando de mi sorpresa y espanto, mi padre me escuchaba estremeciéndose.

— Así, pues, Ruperto, te has hecho, contra tu voluntad, cómplice de un asesinato, y te hallas comprometido en una conjuración contra el rey de España.

— Pero, padre, el rey de España no es más que un francés.

— En todo caso, como uno solo de esos crímenes se castiga con la muerte, es preciso huir, hijo mío.

— Tengo que aguardar el mensaje que me comprometí á llevar.

— ¡ Dios permita que llegue pronto !... añadió mi padre abrazándome.

Sus deseos se realizaron, porque en la noche de aquel mismo día, un hombre, con el rostro medio

cubierto con su *bayeta*, llegó á la hacienda preguntando por mí. Era Albino.

— Voy á hacer lo mismo que usted, me dijo, á ausentarme. El flujo ha arrojado á la costa la garita del vigilante, y naturalmente las sospechas han de recaer sobre mí.

Al pronunciar estas palabras, Albino sacó del bolsillo una carta voluminosa.

— Este letrero que ve usted, añadió, y que ni usted ni yo comprendemos, quiere decir: *Al Sr. Miguel Hidalgo y Costilla, cura del pueblo de Dolores*. Le entregará usted este pliego en mano propia, y le repetirá usted lo que ha escuchado de la misma boca del agente francés, y aguardará usted sus órdenes. Respecto á la persona que envía á usted, es el doctor D. Manuel Iturriaga, canónigo de Valladolid. Tal vez no está distante el tiempo en que volvamos á vernos, pero al frente de una guerrilla y dueños de los puntos en que nos vemos obligados á ocultarnos hoy. Como usted, voy á trabajar por el triunfo de nuestra independencia.

Albino montó su yegua, se alejó al galope, y yo me ocupé en los preparativos de mi marcha. El pueblo de Dolores se halla muy cerca de San Miguel el Grande. Mi padre ensilló con sus propias manos una mula, me

entregó un bolsillo bien provisto y una larga espada toledana:

— Recuerda siempre, hijo mío, me dijo, la noble y conocida divisa que llevan las hojas de Toledo:

No la saques sin razón,
Ni la envaines sin honor.

En seguida me abrazó, y tomé el camino de San Miguel el Grande.

Ya sabe usted cómo entré en la carrera de las conspiraciones y de las aventuras militares. ¿Qué más puedo decirle á usted? Mi vida, desde aquella época, ha sido durante muchos años una serie no interrumpida de combates, excursiones y aventuras. El cura Hidalgo, para el que se me encargó el mensaje, fué el jefe de la insurrección de 1810 y desempeñó un gran papel en la historia de México. ¡Cuántas veces, y con qué frecuencia, después de mis primeras campañas, veía yo en mis sueños aquel anciano de frente venerable, con sus ojos vivos y penetrantes, cuya elevada estatura apenas hacían inclinar los sesenta años que contaba de vida! Nunca he olvidado, ni olvidaré jamás el aspecto singular del cuarto en donde me recibió por primera vez el cura de Dolores, la mesa cubierta con

una carpeta de paño ordinario azul, los crisoles, las redomas y alambiques que se ofrecían á la vista, en un extraño desorden, al lado de los libros piadosos y de los rosarios de aquel sacerdote, no menos apasionado por la química que por las aventuras políticas. No tardé en sentir su influencia, y en comprender el genio de aquel hombre intrépido. Sin cesar, era yo portador de sus mensajes, y recibía órdenes de su propia boca. Siete meses después de nuestra primera entrevista, en la noche del 15 al 16 de septiembre, se dió por el cura Hidalgo la señal de la sublevación. El doctor Iturriaga, el mismo que me había comprometido á tomar parte en el partido de los independientes, había caído peligrosamente enfermo en Querétaro, y acababa de revelar en sus últimos momentos el secreto de la conspiración. No había ya que vacilar, era preciso combatir ó morir. Yo asistí á la última junta que celebró Hidalgo con sus amigos; después de una corta deliberación, seguido de sus fieles y de cinco ó seis *serenos*, fué á dar orden al sacristán de Dolores para que tocase arrebato. Apenas se escucharon los primeros toques de la campana, cuando se oyeron por todo el pueblo gritos confusos, y grupos tumultuosos se formaban á nuestro derredor: aquellos grupos iban

á formar el núcleo del ejército independiente de México. Hidalgo se apresuró á manifestar á los supersticiosos habitantes de Dolores que los españoles conspiraban contra la religión: nada más fué necesario para convertir á aquellos inocentes paisanos en otros tantos adversarios de la dominación española. Á la mañana siguiente, cerca de cuatro mil hombres se hallaban reunidos á las órdenes de Hidalgo, y marchaban sobre San Miguel el Grande. La población no hizo resistencia, y hasta los regimientos de la reina pasaron á las filas de los insurgentes: desde aquel momento, parecía que había triunfado la causa de la revolución mexicana. Sin embargo, aquel gran movimiento no era más que el principio de la guerra. Por algunos días, fué creciendo el torrente; ciudades, provincias enteras se tomaron á los españoles; pero éstos volvieron prontamente de su sorpresa; organizóse la resistencia, y con ella comenzó una guerra seria y terrible, cuyo primer período terminó con la batalla de Calderón, y del cual mis recuerdos, si se los manifiesto á usted algún día, ofrecerán á su vista las acciones y episodios más memorables.

Á esta relación, que me dió á conocer el principio casi ignorado de la gran lucha, cuyo desenlace fué la

libertad de México, siguieron algunos momentos de silencio. Habíamos llegado á la garita de Guadalajara, y echando á galopar, me encontré á los pocos minutos á la puerta del *mesón*. Dí gracias al capitán Ruperto por sus curiosas narraciones, y me separé de él con la esperanza de seguir bien pronto, en su compañía, el camino de Guadalajara á las costas meridionales de México.



LAS SIETE NORIAS DE BAJAN



Guadalajara es uno de esos lugares de paso, adonde sólo va uno á sus negocios, y de cuyo punto el viajero ocioso desea alejarse. Después de haber empleado más de una semana en visitar la ciudad y sus inmediaciones, creí que había llegado el momento de proseguir mi excursión hasta las costas meridionales de México. El capitán D. Ruperto, lo mismo que yo, no era aficionado á la vida sedentaria, y al día siguiente del en que le anuncié mi proyecto de marcha, cabalgábamos juntos por el camino de Tepic.

El primer día de camino fué silencioso. Á la mañana siguiente, después de haber hecho alto en una de esas pobres ventas que son los paradores públicos de la América española, atravesamos el pueblo de Tequila,